

No trabaja en viernes

Mirar por la ventana un viernes por la mañana en Santo Domingo era deprimente. El aire se cuela en los pulmones como un amable recordatorio de todos los días gastados en la lúgubre ciudad que solo se pinta de vida ante los ojos de los turistas. Cada soplo de viento despierta el pensamiento de que aquí, en este paupérrimo cuarto con olor a gasolina, ante cualquier engañosa jugada nuestras vías respiratorias podrían quedar bloqueadas fácilmente. No es desalentador del todo.

—¿Crees que Carlos venga hoy? —preguntó Don Máximo bastante adormilado, con un deje de esperanza en sus ojos.

No hizo más que causarme una ansiedad profunda que no tardé en disfrazar de indiferencia.

—Usted sabe que él no trabaja los viernes.

Luego de eso un silencio sepulcral se instaló en nosotros. Supongo que era la mejor manera de aceptar que no siempre tendríamos respuestas, especialmente, cuando se trataba del susodicho.

El reloj marcaba las 6:32 AM cuando una sombra se coló por la rendija de la puerta. Esperaba el primer toque para correr y abrir, no obstante, solo se escuchaba el golpe seco de un pie en contra de la alfombra que retenía cualquier ruido exagerado. Deambulé por todo el lugar hasta que choqué con el ya dormido cuerpo de Máximo, quien no tardó en abrir los ojos como siempre hacía debido a su sueño ligero.

—Abre, debe ser Carlos.

Dudé, Carlos no trabaja en viernes.

—Si fuera Carlos ya habría entrado con su llave.

Quería creer que no era él, no obstante, otra parte de mí rogaba que lo fuese.

Volví la mirada a la puerta para descubrir que ya la sombra no estaba allí y el golpeteo de los pies se había ido con ella. El sentimiento de angustia seguía innato y solo incrementaba con cada *tik tak* del reloj. No faltaba mucho para que las puertas de la gasolinera se abrieran y, por alguna razón, las llaves del tiesto de carro que reposaban en la vieja mesa de madera, parecían llamarme para ir a casa.

— Cálmate muchacho. Tal vez era un borracho de esos que no saben ni dónde han dejado la vergüenza.

Máximo era atterradoramente bueno descifrando cada uno de mis pensamientos, sus oscuros ojos me examinaban dándome a entender que sabía cuáles eran mis planes.

Me sonrió y se puso de pie, el crujir de sus extremidades estirándose sirvió para traerme de vuelta a esta mugrosa habitación, útil para descansar. No mucho tiempo después me ofreció café, el cual decliné como de costumbre. Tomó las llaves y pasamos a la parte delantera del local, empezamos a abrir todo con la parsimonia que solo tiene Jesús.

Ahí estaba, el mismo hombre, a la misma hora con la misma ropa. Hice el amague de acercarme para atenderle. Don Máximo detrás del mostrador me hizo un gesto para que me detuviera. Murmuró algo sobre que, tal vez, no compre nada y que solo lo dejara ver. No hizo falta más. Por primera vez en toda la semana él mismo tomó la iniciativa de acercarse, no dijo nada y solo nos tendió una nota escrita a mano con una lista de varios artículos. Tenía la firma de Carlos, era suya.

—¿Por qué no viene él mismo? —Máximo cuestionó molesto.

El hombre nos miró a ambos, juro que una sonrisa se asomaba detrás de sus labios secos.

—Pregúntele, si puede.

Eso bastó para que le entregara dos o tres mecheros y unas cuantas latas de gas butano. Quería preguntar por qué se los daba sin más, a ese sujeto que no hacía más que deambular por los alrededores, pero él tenía la firma de Carlos, eso era más poderoso que cualquiera de mis argumentos y preguntas. Abandonó el lugar con las fundas en manos, dejándonos la nota y mil preguntas sin respuestas.

—¿Desde cuándo Carlos habla con ese señor? —pregunté

Traté de vestir mi curiosidad con una pregunta casual, obviamente mi compañero percibió las intenciones detrás, pero no dijo mucho, ambos sabíamos que era lo correcto.

—No lo sé, nunca se sabe nada de ese parásito y Lucas.

—Prefiero no saber, tú tal vez tampoco quieras. Ese muchacho siempre ha sido así.

No dijo más, volvió su cuerpo al periódico, anteriormente abandonado.

La voz del presentador del noticiero anunció la hora: 1:00 PM. No había llegado ningún cliente en toda la mañana. A Don Máximo no parecía importarle, mucho menos a mí. Era su negocio después de todo.

“Un incendio en el parqueo de la plaza comercial, Ágora, fue reportado esta mañana a las 11:30...” Esa primera oración captó la atención de ambos, bastó solo eso para subir el volumen de la televisión. El lugar quedaba cerca y era donde trabajaba la novia de Carlos, llegamos a conocerla porque siempre le daba aventones al trabajo.

“De acuerdo con la Policía Nacional, instantes después de que se produjera el incidente, varios agentes observaron a un hombre salir de la zona afectada por lo que se procedió a su identificación para comprobar si estaba implicado en el siniestro. El presunto autor no colaboró con los agentes e incluso quiso golpear a uno de ellos...” Era él, el mismo hombre que vino esta mañana en nombre de Carlos. Mis ojos fueron al perfil de Don Máximo, quien tenía la expresión más amarga que haya visto nunca, las venas se marcaban en sus apretados puños.

—Cierra las puertas, de seguro vendrán por aquí.

Hizo el intento de levantarse hasta que la imagen de un cuerpo con quemaduras fue presentada. La garganta ya la tenía seca y la angustia que había quedado atrás ahora se convertía en desesperación, la desesperación que solo provocaba la muerte de un ser querido. Carlos no trabaja los viernes, recordé por qué tras identificar el abrigo con que solía venir los lunes cada mañana. Don Máximo lloraba sin consuelo alguno, era el llanto desgarrador de un padre confundido que no sabía qué había hecho mal.

—Al menos uno de nosotros lo ha logrado. —dije antes de escuchar un nuevo golpeteo, esta vez sí sabíamos quienes eran.

— ¿Lograr qué? — preguntó entre hipidos y sollozos, con las lágrimas bañando sus mejillas cual niño abandonado.

Ignoramos el constante llamado a la puerta.

—Escapar de aquí. —dije antes de que una ola de policías penetrara el establecimiento de manera violenta llenándonos de preguntas.

Máximo no podía siquiera hablar.

—¿Vieron a este sujeto, de nombre Carlos esta mañana en el local?

El policía sacó una foto de Carlos parado al frente, llevaba la misma vestimenta que el cuerpo presentado en la noticia. Sentí a mi jefe tensarse:

— No lo sé, Carlos no trabaja los viernes.